

mantuviese tranquilo, á fin de que él tambien pudiera estarlo en sus cuarteles de invierno, y por otra, no habia viveres ni municiones suficientes para intentar una operacion que durase algun tiempo. Napoleon se resignó, pues, á hacer una simple demostracion por la parte baja del Passarge, demostracion que ejecutaron el dia 3 de marzo los cuerpos de los mariscales Soult y Bernadotte, pasando dicho rio, mientras que el mariscal Ney en Guttstadt empujaba rudamente al cuerpo enemigo que se dirigia hácia la parte alta del Passarge. Los rusos perdieron en aquellos movimientos simultáneos cerca de dos mil hombres, y viendocomprometida su línea de retirada hácia Koenigsberga, se apresuraron á retirarse, dejándonos tranquilos en nuestros cantones.

Así concluyó la campaña de aquel invierno, cuando empezaba á sentirse el frio, retardado por mucho tiempo, y el termómetro habia bajado á ocho ó diez grados bajo cero, conociéndose iba á hacer en marzo el tiempo que se esperaba en diciembre y enero.

Ya hemos dicho que Napoleon se decidió á pesar suyo á mandar emprender las últimas operaciones, y esto se confirma con las siguientes palabras que escribió al mariscal Soult: «Uno de los inconvenientes que yo habia previsto en los movimientos actuales, era que los rusos iban á conocer su verdadera posicion; pero me acosaban demasiado por la derecha, y á no ser porque estaba resuelto á dejar que pasara el mal tiempo, ocupado en organizar el sistema de manutencion, no sentiria la leccion que he dado al enemigo. Segun lo presuntuoso que está, creo que solo se

necesita paciencia para verle cometer errores de bulto.» (Osterode 6 de marzo).

Si Napoleon hubiese tenido entonces bastantes viveres y medios de trasporte para llevar consigo con qué poder mantener al ejército durante unos dias, inmediatamente hubiese puesto término á la guerra, tratándose como se trataba de un enemigo tan torpe, que sin duda se habria arrojado sobre la derecha de sus cuarteles. Así, toda la cuestion se reducía para él á reunir provisiones, que permitieran se repusiese el soldado, sin fuerzas ya de resultas de las privaciones, pero reunir las en pocos dias, sin verse espuesto á que murieran de hambre sus tropas, ó á dejar la mitad atrás como sucedió en Eylau. Las poblaciones de la costa, y especialmente Elbinga, podian proporcionarle viveres para los primeros momentos, pero esto no bastaba, de suerte que queria traer grandes cantidades; que bajasen de Varsovia por el Vístula, ó viniesen de Bronberga por el canal de Nackel, y despues fuesen trasladadas por tierra desde el Vístula hasta los cantones del ejército situado, como ya sabemos, á orillas del Passarge. Dió, pues, órdenes terminantes acerca de esto, mandando almacenar en Bronberga y Varsovia las provisiones necesarias para crear en seguida los medios de trasporte que debian servir para terminar el tránsito desde el Vístula hasta los márgenes del Passarge, pues su intento era empezar por dar á sus soldados todos los dias la racion completa, y formar despues en Osterode, centro de sus cuarteles, un almacen general donde hubiese algunos millones de raciones, en pan, arroz vino y aguardiente. Para conseguir esto quiso

utilizar el celo de los polacos, quienes hasta entonces le habian prestado pocos servicios militares, razon por la cual deseaba sacar de ellos á lo menos algunos otros administrativos; y como tenia en Varsovia á Mr. de Talleyrand, le encargó se entendiese con el gobierno provisional polaco, escribiéndole la carta siguiente, y autorizándole plenamente para que celebrase contratos á cualquier precio que fuese.

Osterode, 12 de marzo á las 10 de la noche.

«He recibido vuestra carta fecha 10 del corriente á las tres de la tarde, y en contestacion á ella os digo que ya sabeis tengo en Varsovia trescientas mil raciones de galleta. Para que vengan á Osterode se necesita ocho dias, y así aunque tengais que hacer milagros, disponed lo necesario para que se me envíe diariamente cincuenta mil raciones y dos mil azumbres de aguardiente. La suerte de Europa y los mayores cálculos dependen hoy de la manutencion del ejército, pudiendo aseguraros que como no me falte pan deroto á los rusos con la mayor facilidad, y teniendo como tengo millones, no quiero dejar de darlo á mis soldados. Quanto hagais estará bien hecho, pero necesito que así que recibais esta carta, me enviéis, no solo por tierra, sino por Mlawa y Zakroczin, cincuenta mil raciones de galleta y dos mil azumbres de aguardiente. Con que empleeis al dia ochenta carros pagados á peso de oro, salimos del paso, y si el patriotismo de los polacos no puede hacer este esfuerzo, no sé para qué podrán servir. El encargo que os hago es mas importante

que todas las negociaciones del mundo, y así, mandar llamar inmediatamente al ordenador, el gobernador, el general Lamarrois y los hombres que mas influencia tengan con el gobierno. No reparéis en el dinero, pues desde luego apruebo todo lo que hagais: lo que nosotros necesitamos, es galleta y aguardiente, porque con esas trescientas mil raciones de la primera y diez y ocho ó veinte mil azumbres de aguardiente, con tal que lleguen á esta dentro de unos dias, echaremos por tierra todas las combinaciones de todas las potencias.»

Mr. de Talleyrand reunió á los individuos del gobierno polaco, para ver de conseguir los víveres y carros que se necesitaban, debiendo nosotros decir que en Polonia no faltaban géneros, y que dando dinero á los judíos, se proporcionaria los necesarios. Lo difícil de organizar era los medios de trasporte; pero buscáronse algunos en el pais, pagándolos á precios bastante altos, hasta que al fin se compraron carretas y caballos, con lo cual se logró establecer paradas desde las orillas del Vistula á las del Passarge. Los víveres circulaban en barcas por el Vistula, y desembarcados en seguida en Varsovia, Plock, Thorn y Marienwerder, eran trasladados á Osterode, centro de nuestros cantones, ó en los carros de los regimientos, ó en los del pais, ó en los que habiamos comprado con este objeto. En quanto á víveres tratóse de buscar en toda la Silesia bueyes, que pagábamos en el acto, y llegaban por su pié á Varsovia; recogióse vino y licores espirituosos en la costa del Norte, á donde los llevaba el comercio no solo en gran cantidad, sino superiores en calidad; y por últi-

mo, como hubiese algunas de estas bebidas en Berlin, Stetin y el Binga, fueron enviados por agua hasta Thorn. Muy bien hubiera querido Napoleón proporcionarse doscientas ó trescientas mil botellas de vino, para animar á sus soldados; pero aunque tenia cerca un precioso recurso en este género, estaba encerrado en la plaza de Dantzic, donde habia muchos millones de botellas de vinos escelentes; es decir, lo necesario para poder suministrar al ejército durante algunos meses, no siendo este un pequeño estímulo para ver de tomar aquella fortaleza.

Este afán, esta actividad con que Napoleón cuidaba de reunir víveres, no podian producir un resultado inmediato; pero entre tanto viviamos á costa del Nogath, el Binga y los distritos que ocupabamos, siendo tal la industria de nuestros soldados, que llegaron á proporcionarse lo necesario para la subsistencia. Habiéndose descubierto muchos víveres que estaban ocultos, esto permitió poder esperar á que fuesen llegando los envios que se hacian por el Vistula, y alojadas nuestras tropas en Jasaldeas, no vivaqueaban, lo cual era un gran alivio para soldados que habian estado acampados cinco meses seguidos, esto es, desde octubre hasta febrero. Los puestos avanzados vivian en chozas formadas con los materiales y el ramaje que tanto abundaba en aquellos bosques, y con algun vino y aguardiente que se encontró en el Binga y se repartia con orden, recobraron nuestros soldados un poco de alegría. En una palabra, así que pasaron los primeros dias, acabaron por encontrarse mejor que á orillas del Narew, porque el pais no era tan malo como aquel, y tenian esperanza de desquitarse

se en la primavera de los trabajos que estaban pasando, y de poner término con una batalla á la horrible lucha en que se hallaban envueltos.

A todo esto, iban ya llegando al Vistula los regimientos provisionales, destinados á traer reclutas, y á varios de ellos, que ya se hallaban en el teatro de la guerra, se les pasó revista, siendo disueltos y repartidos entre los regimientos á que pertenecian. De este modo veian los soldados que sus filas se iban llenando, oian hablar de grandes refuerzos preparados á espaldas del ejército, y confiaban mas y mas en la vigilancia suprema que cuidaba de que nada les faltase. También siguió Napoleón fijando su atención en la caballeria, pues formó destacamentos de á pie con todos los ginetes desmontados, y los envió á Silesia, para que se remontasen con los caballos que tanto abundaban allí.

Al mismo tiempo, se hacian grandes obras en el Passarge y el Vistula, á fin de asegurar la posición del ejército. Todos los puentes que habia en el primer rio, menos dos, uno para que el cuerpo del mariscal Bernadotte que se hallaba en Braunschweig, pudiera aprovecharse de él, y otro para uso del mariscal Soult que estaba situado en Spanden, habian sido destruidos; pero á cada uno de los dos existentes se le añadió anchas cabezas de puentes á fin de poder desembocar á la otra orilla, porque Napoleón repetia á cada paso á sus lugartenientes que no era facil defender una linea á no estar en situacion de poder pasarla á su vez, para tomar la ofensiva contra el que le atacase (1). En el Vis-

(1) Ni un rio ni una linea, cualquiera que sea, (asi escri-

tula habia dos puentes, uno en Marienburgo y otro en Marienwerder, que aseguraban la comunicacion con las tropas del mariscal Lefebvre, encargadas del sitio de Dantzig: por manera que se podia ir á buscarlas, ó atraerlas, presentando en todas partes al enemigo una masa compacta. En cuanto al mariscal Lefebvre, ibase acercando hácia Dantzig, y esperaba la artillería gruesa sacada de las plazas de Silesia, para dar principio á aquel gran sitio, que debia ser la ocupacion y gloria del invierno; y por último tambien continuaban las obras que para consolidar la posicion de Varsovia se hacian en Siecrock, Praga y Modlin.

Todo esto lo mandaba Napoleon desde Osterode, que era un lugar cillo sin importancia alguna, pues aunque sus soldados tenian pan, patatas, carne, aguardiente, chozas donde abrigarse y leña para calentarse, los oficiales, como solo lograban proporcionarse la comida y el alimento del soldado, á pesar de percibir exactamente su sueldo, estaban espuestos á muchas privaciones y Napoleon quiso darles ejemplo de resignacion, permaneciendo entre ellos

Así es que los oficiales que enviaban á Osterode los gefes de los cuerpos, podian decir estaba

bia á Bernadotte desde Osterode el dia 6 de marzo), pueden defenderse no teniendo puntos ofensivos, pues el que no hace otra cosa sino defenderse, corre riesgo sin conseguir nada. Por el contrario, cuando puede combinarse la defensa con un movimiento ofensivo, se hace correr al enemigo mas riesgos que los que él hace correr al cuerpo atacado. De consiguiente, haced que se trabaje dia y noche en las cabezas de puente de Spandau y Braunsberga.

tan mal alojado como el último de ellos. ¿Qué extraño, pues, tambien que, contestando á su hermano José, quien se quejaba de lo que sufría el ejército de Nápoles, se burlara de sus quejas, le llamase débil y le hiciese la pintura siguiente?

«Hace dos meses que los oficiales de estado mayor no se desnudan, y aun hay algunos que no lo han hecho en cuatro, habiendo estado yo quince dias sin quitarme las botas.... Vivimos en medio de la nieve y el barro, sin vino, sin aguardiente, sin pan, comiendo patatas y carne, haciendo largas marchas y contramarchas, sin ninguna especie de gozes, y batiéndonos por lo regular á la bayoneta bajo el fuego de metralla, teniendo que conducir los heridos en carros por medio del hielo al aire libre, durante cincuenta leguas.» (En esto alude á la marcha que emprendió despues de la batalla de Eylau, pues en Osterode estaban mejor las tropas). «De consiguiente, es una chanza de mal género comparar los sitios en que nosotros nos hallamos con el hermoso territorio de Nápoles, donde hay vino, pan, ropa de cama, tertulias, y hasta mugeres. Despues de haber destruido la monarquia prusiana, ahora nos batimos contra el resto de Prusia, contra los rusos, los calmukos, los cosacos, y los pueblos salvages del Norte, que antiguamente invadieron el imperio romano, por manera que estamos haciendo la guerra con una energia que causa horror. Lo bueno que tiene es que en medio de tantas y tamañas fatigas, cuando todos han estado enfermos de mayor ó menor gravedad, nunca me he sentido yo con mas fuerzas habiendo hasta engordado.» (Osterode 1.º de marzo).

La situación que Napoleón pinta aquí, mejoró y mucho en Osterode, á lo menos por lo que hace á los soldados; pero si nosotros sufríamos, los rusos sufrían mucho más hallándose en una miseria horrible. Sus batallones, que al principio de la campaña ascendían á quinientos hombres, estaban reducidos en la actualidad á trescientos, doscientos y aun ciento cincuenta, habiendo cogido nosotros hacia poco diez de una vez que solo tenían este último número. Si los rusos hubiesen podido hacer frente á Napoleón, de seguro hubiera quedado destruido su ejército y así no podían presentarse en campo ruso, teniendo que escribir á San Petersburgo, en nombre de todos los generales, que si no se aumentaba cuando menos en un doble las tropas que quedaban, no habría otro remedio sino huir de los franceses. A esto hay que agregar que todos los oficiales rusos miraban á nuestro ejército con ojos de admiración, y conociendo como conocían en el fondo que más bien que en favor de Rusia, se batían en favor de Inglaterra ó Prusia, deseaban la paz y la pedían á voz en grito.

Como sus tropas no tenían tantas ni tan buenas provisiones como las que Napoleón reunió con su gran previsión, se morían de hambre, y cansadas de guerra, dejaron de luchar con los nuestros, encontrándose en el merodeo casi sin atacarse. No parecía sino que se habían puesto de acuerdo por su instinto, para no aumentar los sufrimientos de aquella situación, sucediendo también algunas veces que impulsados del hambre los pocos cosacos, iban á pedir pan á nuestros soldados explicándose por señas, y confesando que ha-

cia algunos días que no habían encontrado nada que comer. Nuestros soldados tan compasivos como siempre, les daban patatas, género que tenían en abundancia, presentando un espectáculo singular aquel retroceso á la humanidad, en medio de las crueldades de la guerra.

Napoleón sabía que aunque sufrió mucho daño, había causado al enemigo doble más; pero tenía que combatir las voces falsas que habían adquirido crédito en Varsovia, Berlin, y sobre todo en París. Su prodigiosa gloria era la única que contenía los ánimos, siempre independientes en Francia, y mal intencionados en Europa, pudiendo ya presentir que en el momento que sufriese un descalabro, unos y otros le volverían la espalda, de suerte que nunca necesitó hacer tantos esfuerzos ni desplegar tanta energía de carácter, para dominar la opinión pública. Los jóvenes auditores que de París iban al cuartel general con los trabajos de los ministerios, y estaban poco acostumbrados al espectáculo que veían, y algunos oficiales descontentos ó conmovidos más que de costumbre con los horrores de aquella guerra, escribían á Francia cartas llenas de exageraciones, lo cual, obligó á Napoleón á decir lo siguiente á Mr. Maret: «Ponéos de acuerdo con Mr. Daru para que haga salgan de aquí los auditores, porque inútiles, pierden el tiempo, y como están muy poco acostumbrados á los acontecimientos bélicos, *no escriben á París más que necesidades*. En lo sucesivo quiero que traigan los trabajos oficiales del estado mayor.»— En cuanto á la narración de la batalla de Eylau, hecha por ciertos oficiales, y que el ministro Fouché decía era origen de las voces falsas esparcidas en

Paris, Napoleon contestó que era preciso no darle crédito, añadiendo: «Mis oficiales saben lo que pasa en mi ejército, como los ociosos que se pasean por el jardín de las Tullerías, saben lo que se resuelve en el gabinete (1). Por otra parte los hombres son amigos de exagerar... Las negras pinturas que os han hecho de nuestra situación, son de esos charlatanes de París, cuyas cabezas solo sirven para figurar en un cuadro.... Nunca ha sido mas grande ni mas bella la situación en que se halla la Francia y en cuanto á Eylau, ya he dicho y repito que el Bole-  
tin exageró las pérdidas; además, ¿qué son dos ó tres mil hombres muertos en una gran batalla? Cuando con luzca mi ejército á Francia ó hácia el Rhin, se verá que no faltan muchos á la lista. En tiempo de la expedición de Egipto imprimiéronse las cartas del ejército, interceptadas por el gabinete británico, y el resultado fué que esas cartas dieron lugar á la expedición de los ingleses, expedición insensata que debia frustrarse, pero que salió bien porque así lo habia dispuesto el destino. Tambien entonces se decia que careciamos de todo en Egipto, siendo así que es el país mas rico del universo, y que el ejército estaba destruido, á lo cual contesté llevando á Tolon ocho partes de las nueve de que se componia... Los rusos se atribuyen la victoria, como se la atribuyeron despues de lo de Pultusk, y aun de Austerlitz, pero al contrario, los hemos perseguido espada en mano hasta Königsberg, matándoles quince ó diez y seis generales. En una palabra, la pérdida que han tenido ha sido inmensa, pudiéndose decir que

(1) 15 de abril.

*hemos hecho en ellos una verdadera carnicería.»*

Como se hubiesen impreso algunas cartas del mayor general Berthier, en que se hablaba de los peligros que habia corrido Napoleon, este escribió lo que sigue al archicanciller Cambaceres: «Se ha publicado que mando los puestos avanzados, y esto no pasa de ser una tontería... Os habia suplicado que solo dejáseis se insertara en el *Monitor* los boletines; pero puesto que no sucede así, me impediréis que escriba una palabra, y con eso será mayor vuestra inquietud... Berthier escribe desde un campo de batalla, cansado, y no se figura que sus cartas han de ser impresas.... (Osterode 5 de marzo).

Así, pues, Napoleon no queria que se hiciese valer su valor personal, porque este mismo valor venia á ser un motivo de peligro: pero era confesar demasiado á las claras que aquella monarquía militar, sin pasado ni porvenir, estaba á merced de una bala de cañon.

De los arrebatos de júbilo que en Francia causaron los prodigios de Austerlitz y Jena, se pasó á una especie de inquietud, y como faltaban de Paris el emperador y los gefes del ejército, los cuales componian en gran parte la alta sociedad de aquel reinado, la capital estaba triste y desierta. La industria sufría con todo esto como no podia menos; y Napoleon encargó no solo á sus hermanas, sino á los príncipes Cambaceres y Lebrun, que diesen funciones, queriendo llenar de este modo el vacío que resultaba de estar él ausente. Además mandó examinar los muebles de la corona que habia en Fontainebleau, Versailles, Compiègne y Saint-Cloud, y dedicar varios millones

tomados de sus ahorros personales, para comprar telas en las fábricas de Leon, Rouen y San Quintin, disponiendo que los gastos se hiciesen, no con arreglo á lo que se necesitase en los palacios imperiales, sino á las necesidades de cada industria. Por lo regular trataba de reprimir la afición á gastar que tenían la emperatriz y sus hermanas; pero aquella vez les encargó fuesen pródigas, queriendo tambien que la caja de amortizacion, es decir, el tesoro del ejército prestase un millon todos los meses á las fábricas principales sobre mercancías. No contento con esto, pidió se estendiese un proyecto á fin de convertir esta medida accidental en una institucion permanente, que tuviera por objeto *no fundar* como él decia, *una caja de socorro para los comerciantes fallidos*, sino una caja destinada para sostener á los fabricantes que diesen ocupacion á gran número de trabajadores, y que se vieran obligados á tener que despedirlos, sino se les proporcionaba medios con que poder pagarles sus jornales.

Por último, recurrió á un medio extraordinario para proporcionar capitales al comercio, al mismo tiempo que introducian una mejora notable en el sistema de hacienda. Entonces, mucho mas que en el dia, no se cobraba exactamente la suma total de los impuestos, de suerte que las obligaciones de los recaudadores generales, que representaban dichos impuestos no debian vencer, ó á lo menos, parte de ellas, sino á los tres ó cuatro meses de haber transcurrido el año, es decir en marzo, abril ó mayo del siguiente. Era preciso, pues, descontarlas, en lo cual se ocupaban los hombres de negocios, entregándose á un agiotage

muy activo á que daba lugar aquella especie de deuda flotantes deuda á que se hacia frente con las obligaciones de los recaudadores generales asi como ahora se hace frente á ella con los bonos reales. Semejante descuento exigia de parte de los capitalistas de Paris, un capital de 80.000,000 y á Napoleon se le ocurrió mandar que con respecto á 1808 por ejemplo, la parte de obligaciones que no debia vencer hasta 1809, se aplicase al presupuesto de gastos del mismo 1809, y lo mismo en lo sucesivo, á fin de que se cubriese cada presupuesto con las obligaciones que vencieron en el mismo año. Quedaba por llenar, en cuanto á 1808, el déficit que correspondia á la parte de obligaciones descontables en 1809, ó lo que es lo mismo, habia que buscar la cantidad de 80.000,000; pero Napoleon propuso un empréstito que debia hacer el tesoro del estado al del ejército, con un premio moderado. «Por este medio, así escribia, todas mis obligaciones vencerán en el término de doce meses, el tesoro público se ahorrará 5 ó 6.000,000 que hoy se invierten en gastos de negociacion, y nuestras fábricas, así como nuestro comercio, realizarán una ganancia inmensa, puesto que habrá 80.000,000 sin colocacion, que no pudiendo tenerla en el tesoro, la hallaran entre los comerciantes.» (Osterode 1.º de abril, en una nota pasada al principe Cambaceres.)

En seguida mandó hacer en Paris una cantidad considerable de zapatos, botas, objetos de arneses y trenes de artilleria, no solo para dar ocupacion á los artesanos de la capital, sino porque los articulos que se fabricaban en Paris, eran me-

jores que los fabricados en otras partes. Lo difícil era conducirlos á Polonia; pero Napoleon inventó para ello un medio tan sencillo como ingenioso. Habia en aquella época en el ejército una compañía de hombres emprendedores, á cuyo cargo corrian los trasportes y que proporcionaba por un precio fijo los carros en que iba el pan, los bagages, y en fin cuanto llevan las tropas por muy á la ligera que estén equipadas. Napoleon notó en medio de los ledazales de Pultusk y Golymin, el poco celo de los conductores de carros, ajustados por la industria privada, así como lo poco valientes que se mostraban en los peligros y del mismo modo que quiso organizar militarmente á los conductores de la artillería, trató de organizar militarmente también á los conductores de bagages, diciendo que como todos los que concurren á los diferentes servicios que hay que hacer en un ejército, corren igual peligro, era preciso ligarlos á todos con los vínculos del honor y tratarlos como á los militares, para imponerles los deberes de tales. En consecuencia mandó formar en Paris batallones *detrens* para que condujesen los equipages, construir carros, comprar caballos de tiro y encaminarlos hácia el Vistula así que estuviese organizado lo personal y material de dichos batallones. En lugar de ir de vacío, aquellos nuevos equipages militares debían trasportar los objetos de equipo, fabricados en Paris, objetos que podían llegar á tiempo al Vistula, pues se necesitaban dos meses para la travesía y era muy posible que la guerra durase aun cinco ó seis. Con todas estas medidas se proponía Napoleon remediar la estancacion momentánea del comercio y suplir á los consumos de la paz

con los de la guerra, porque efectivamente, lo mismo consume una que otra, y cuando no falta el dinero, un gobierno hábil puede proporcionar á los jornaleros el trabajo á que se entregaban durante la paz y hacer que ganen la vida aun en medio de las dificultades que siempre nacen de la guerra.

Tal es la multitud de objetos en que se ocupaba Napoleon en Osterode, viviendo en una especie de granja, desde donde contenía á la Europa y gobernaba su imperio. Al fin acabaron por buscarle en Finkenstein una morada mas decente esto es una casa de campo, perteneciente á un empleado de la corona de Prusia, y en ella pudo alojarse con su estado mayor y su servidumbre militar, estando allí, lo mismo que en Osterode, en el centro de sus cantones, y en situacion de poder trasladarse á cualquiera parte donde se necesitase su presencia. Todas las semanas le enviaban la cartera de los diversos ministerios, y despachaba, no solo los negocios importantes, si no los que poco ó nada valian, sin que se escaparan á su activa vigilancia ni aun los teatros, pues como le pareciesen malos unos versos puestos en música que habian compuesto en loor suyo, compusieronse otros de su órden en que se le elogiaba menos, pero en que habia sentimientos elevados, expresados en un lenguaje decoroso. Mandó pues que se diese las gracias y se premiase á sus autores añadiendo estas bellísimas palabras: *el mejor modo de alabarme es escribir cosas que inspiren sentimientos heroicos á la nacion, la juventud y el ejército.* Allí leía con atencion los papeles públicos y las sesiones de la Academia francesa, queriendo



quedasen consignadas las tendencias de ánimo de los escritores, y que se cuidase de ver qué discursos se pronunciaban en la academia. Consiguiente á esto, desaprobó los ataques que el *Diario del Imperio* y el *Mercurio de Francia* dirigian contra los filósofos, y dijo: «Es preciso que se ponga al frente de esos periódicos un hombre que sepa, pues son tan religiosos que rayan en hipócritas, y en vez de atacar los excesos del sistema esclusivo de algunos filósofos, atacan la filosofía y los conocimientos humanos; en vez de contener una sana crítica las producciones del siglo, las desaniman, despreciándolas y envileciéndolas.....No hablo en cuanto á opiniones políticas, pues no necesita ser muy astuto para ver que si tuvieran osadía, no serian mas sanas que las del *Correo Frances.*»

Habíase celebrado una sesion en la academia para recibir en su seno al cardenal Maury, llamado á Francia, y á quien volvió á darse la silla que antes ocupó, pronunciando con este motivo el abate Sicard un discurso en que se espresó acerca de Mirabeau en términos no muy buenos. El que iba á ser admitido en la Academia habló como el abate, y aquella sesion académica dió motivo á una especie de desencadenamiento contra la revolucion y los revolucionarios, teniendo que escribir Napoleón, quien se afectó en extremo, al ministro Fouché lo siguiente: «Os encargo hagais todo lo posible porque no haya reaccion en las opiniones, cuidad de que se elogie á Mirabeau, en el concepto de que he visto en esa sesion de la Academia cosas que no me gustan: ¿cuando habremos de ser prudentes? ¿Cuándo estaremos animados de

la verdadera caridad cristiana, y se encaminarán nuestras acciones á no humillar á nadie? ¿Cuándo nos hemos de abstener de suscitar recuerdos que lastiman el corazon de tantas y tantas personas?» (Finkenstein 20 de mayo).

Otra vez supo por la correspondencia de toda clase que pagaba con liberalidad y leia con atencion, que el gobierno interior de la Opera estaba dividido de resultas de reyertas intestinas y que querian perseguir á un maquinista porque no mudó una decoracion; y con este motivo escribió lo siguiente al ministro Fouché: «No quiero intrigas en ninguna parte, ni que M..... sea victima de una desgracia impensada: *estoy acostumbrado á defender á los hombres desgraciados, y haya ó no quien ponga en las nuves á las actrices, no quiero que nadie se aproveche de esto para intrigar.*» (12 de abril).

Al mismo tiempo cuidaba con extraordinario esmero del buen estado de las casas de educacion, y especialmente la de Ecouen, donde debían ser educadas las hijas de los individuos de la Legion de Honor que fuesen pobres. Escribió, pues, á Mr. de Lacepede que queria saliesen de allí mugeres sencillas, castas y dignas de contraer matrimonio con hombres que hubiesen servido bien á su patria, sea en el ejército, sea en empleos civiles, siendo preciso, segun él, para que fuesen así, que se las educase inculcándoles sentimientos de una religion bien cimentada. «En la escuela de Fontainebleau, así decia, he dado una importancia secundaria á los institutos religiosos, porque allí se trata de formar buenos oficiales; pero en Ecouen es otra cosa, pues el objeto que

aquí me propongo es educar mugeres; esposas y madres de familia. Quiero mugeres *que crean, pero no que ratiocinen*, y es indispensable imponerles el yugo de la religion, *por lo débil que es su cerebro, por lo inconstantes que son en sus ideas, por el destino que deben ocupar en el órden social, y porque es necesario inspirarles, con una resignacion perpétua, una caridad dulce y fácil de ejecutar.* En una palabra, deseo que de esa escuela salgan, no mugeres que agraden sino que sean virtuosas, porque *el verdadero atractivo está en el corazon, y no en la mente.*—En consecuencia, encargó se les enseñase historia y humanidades, evitádoles el tener que aprender lenguas ya muertas y ciencias demasiado elevadas, y que se les hiciese una reseña de la física para que pudieran desvanecer en su derredor la ignorancia popular, debiendo tambien saber un poco de medicina usual, botánica, música, baile, *pero no el de la Opera*, aritmética, y toda clase de trabajo femeníl. «Es preciso, añadía, que sus aposentos estén amueblados con el producto de sus manos, que ellas mismas se hagan las camisas, las medias, los trages y los prendidos, y que puedan hacer en caso necesario la canastilla para sus hijos. Quiero que esas jóvenes se conviertan en mugeres útiles, seguro de que así agradarán, al paso que si permitiera se convirtiesen en mugeres agradables, pronto tendríamos en ellas unas damas melindrosas, elegantes y afectadas en su compostura.» (Finkenstein 15 de mayo).

Como aquella prodigiosa actividad se convertía algunas veces, de vigilancia benéfica en sombra desconfianza, lo cual no puede menos de suceder en un soberano absoluto y de nuevo cuño,

Napoleon se ocupaba de la policia, estando enterado de quien entraba y salia en París. Supo, pues, que Mme. Stael habia regresado, habiendo recorrido ya varias casas de campo de las cercanias, y hablado mas de una vez en términos hostiles; y sostuvo que si él no intervenia, comprometeria á muy buenos ciudadanos, contra quienes tendria que ensañarse en seguida. En consecuencia, mandó, á pesar de las instancias que se le hicieron en favor de Mme. Stael, fuese espulsada de París, y desconfiando del ministro Fouché, por que contemplaba á las personas influyentes, dispuso la hiciese salir sin tardanza, encargando al archicanciller Cambaceres cuidase del cumplimiento de esta órden. (26 de marzo). Precisamente en aquel mismo momento se le dijo que la policia habia echado de París á un anciano llamado Ricord, individuo que fué de la Convencion, y por quien nadie se empeñaba, por quien no abogaba ningun gran personage, porque la reaccion se iba apoderando de todos, y no habia favor ni humanidad para los *revolucionarios*. «¿Por qué, escribió Napoleon así que lo supo al ministro Fouché, porqué se hace salir de París al convencional Ricord? Si es hombre peligroso, no debió dejarsele entrar; contraviniendo á las leyes del año 8; pero ya que así se ha hecho, es preciso dejarle en la capital. Poco importa lo que hizo en otro tiempo, pues en tiempo de la Convencion obró como un hombre á quien le importaba vivir, y proclamó lo que entonces se proclamaba. Ahora tiene con que pasarlo bien, y no abrazará malos medios para poder subsistir. Que se le permita, pues, permanecer en París, á no ser que haya